

Este breve ensayo, primero de los del autor vertido al español, constituye una intensa invitación a la recuperación de la individualidad por parte del individuo. El texto comienza fijando los límites del problema: tratando de dar una definición satisfactoria de *individualidad*. Después de un breve repaso por las definiciones que la historia del pensamiento ofrece, Capograssi sostiene que la individualidad no es lo que, *de facto*, caracteriza al individuo, sino que es su objetivo, su máximo deseo, su *voluntad profunda*. Individuo es eso que desea ser alguien único e irrepetible, centro unitario de acciones y experiencias. Esa búsqueda de la individualidad no es tanto teórica o contemplativa como práctica: esa individualidad se construye decidiendo y trabajando. Es, paradójicamente, cuando el hombre se olvida de sí mismo y se ocupa de los mil problemas y quehaceres de la existencia histórica, cotidiana, cuando se construye a sí mismo como individualidad, respondiendo a los problemas de la vida. Esta búsqueda de la individualidad se hace, sostiene el autor, a la vez que una elaboración de la realidad histórica: es la búsqueda de la individualidad la que conforma la historia, y esa misma historia la que posibilita y limita dicha búsqueda. Hasta aquí el planteamiento teórico inicial.

En una segunda parte, Capograssi va a analizar al individuo contemporáneo como individuo sin individualidad, destacando sus notas más características. El objetivo es doble: por una parte se prueba la falta de individualidad como clave explicativa de los rasgos más importantes del hombre y de la sociedad contemporánea, objetivo, como veremos, alcanzado con notable éxito; por otra parte, se plantea la recuperación de esa individualidad como la única salvación para el ser humano. Esta falta de individualidad del individuo se deja ver en la pérdida del sentido de la duración, de la condición histórica de la vida humana, en un trabajo (el fabril) en el que el individuo es perfectamente sustituible y, en general, en la progresiva uniformidad de la vida humana.

El autor parece imputar la des-individualización del individuo a la cultura moderna y contemporánea. En particular al triplete pensamiento, propaganda, régimen totalitario. Ese pensamiento arranca con

Hegel y llega a su máxima expresión teórica con Schopenhauer. En paralelo, se analizan la propaganda y los regímenes totalitarios (en general, la sociedad de masas) como causa y efecto de la desindividualización del individuo. El análisis prosigue intentando penetrar en una esfera más íntima del individuo: la pérdida del sentido unitario de la existencia, del sentido moral de la existencia, la banalización de la muerte (tomada como un acontecimiento fortuito de la vida) y el olvido de la presencia de Dios, que convoca al individuo y lo unifica. En una dimensión más práctica, el individuo sin individualidad se caracteriza, según Capograssi, por otra sugestiva paradoja: máxima pasividad y máxima actividad; máxima fusión con la masa y máxima insociabilidad. Esa pasividad se refleja en la capacidad, la voluntad de ser sometido a límites y de sobrepasarlos sin ningún escrúpulo, en el ansia de destrucción y de autodestrucción. Esta pasividad, este deseo de que se haga algo con mi vida y este deseo de fundirse con la masa es causa y efecto de la sociedad de masas. La última manifestación del individuo sin individualidad es la extravagancia (la ética de la inversión y la perversión) y la sed de mal, la banalización del mal.

En este punto, el autor detiene su análisis para sostener que estos dos últimos elementos (la sociedad de masas y la banalización del mal) son los más verdaderos, en el sentido que son los que mejor ponen de manifiesto la vaciedad, el fracaso que constituye el individuo sin individualidad; y como son verdaderos, *pueden llevar a la salvación*. Dicha salvación consiste, como es obvio, en la recuperación de la individualidad, que se produce por la recuperación de la conciencia de mal y por la recuperación de lo humano, más allá de lo social. Ahora bien, esto no lo van a realizar fuerzas ajenas al ser humano, no es una dinámica de la historia. Es una oportunidad, que se aprovecha o no.

Con este breve resumen del contenido del ensayo no se agota, ni mucho menos, su interés. Es verdad que el estilo de Capograssi busca la sobriedad, la precisión y la claridad, pero lo conjuga admirablemente con un planteamiento que se intensifica con el paso de las páginas. En el fondo,

lo que es más destacable del texto es la capacidad de observación y de explicación de hechos concretos que muestra el autor. Su inteligencia, su sabiduría se revela al lector en el ejemplo, en el comentario, casi de pasada, en la frase concisa, exacta, en la comparación sugerente. Son magistrales las notas al pie, la breve digresión, el juicio sobre una idea o corriente filosófica, apenas explicitada.

Abundando sobre esto último, el lector no encontrará citas de autores y obras. No busca el autor erudición. Se trata de invitar, de movilizar, de exhortar a esa búsqueda de la individualidad. Pero eso no significa que haya falta de profundidad. El lector familiarizado con la filosofía, con la sociología, con la literatura, descubrirá referencias más o menos explícitas a gran cantidad de autores, que han sido pensados, elaborados, asumidos por Capograssi. Es una obra tardía, una obra que nos habla de un autor que ha interiorizado la historia del pensamiento y también de un autor que ha sabido hacer una síntesis (personal a la vez que histórica) de la filosofía y de la fe cristiana católica. (Para el creyente, el ensayo rezuma Evangelio).

El texto viene precedido en su edición, por un estudio preliminar de la traductora, Ana Llano. El estudio, esclarecedor, breve, sugerente, no lo justifica tanto el texto en sí (Capograssi es muy claro) como el hecho de que es la primera obra del autor que se traduce. En este sentido, el estudio nos hace desear que otras de sus obras sigan el mismo camino.

Ana Llano sostiene en el estudio preliminar que la temática de la obra es de total pertinencia, de gran actualidad. El análisis es interesante, pero nuestra sociedad se diferencia en unos cuantos aspectos fundamentales de la de mediados del siglo xx. Pese a eso, es verdad que, en algunos puntos, el análisis es sobrecogedoramente certero. Más actual, más pertinente, parece la necesidad de pensar la propia vida, la sociedad, con una clave fecunda. Y Capograssi nos ofrece una clave que no ha hecho más que comenzar a mostrar su fecundidad. El lector se descubre habiendo detenido la lectura para pasar revista a unos cuantos

ejemplos que le traen a la cabeza los que se analizan en el ensayo; y, sin apenas darse cuenta, estará examinándolos y adquiriendo una visión más profunda del mundo en el que vive, de sí mismo. Eso es pertinente, realmente. Ahora, digno de admiración, ejemplar, es el esfuerzo por pensar la vida, por aunar fe y cultura, por descubrir la verdad. Digno de ser imitado (a esto invita el ensayo en sus últimas líneas) es el que no da falsas ilusiones, sino que convoca a la libertad, a la responsabilidad y a la esperanza.—

MANUEL VILLALONGA